
ARTURO PÉREZ-REVERTE

Las aventuras del Capitán Alatraste

Madrid, Alfaguara, 1996-1998.

Tras los éxitos de ventas cosechados con *La tabla de Flandes* —elegida por la *New York Times Book Review* como una de las cinco mejores novelas publicadas en EE. UU. en 1990—, *Territorio Comanche* —convertida en un libro de culto en las facultades de periodismo— y *La piel del tambor* —premiada con el Jean Monet en 1995—, Arturo Pérez-Reverte (Cartagena, 1951), apasionado lector de Dumas y su trilogía mosqueteril, se puede permitir escribir una serie de aventuras de capa y espada, dando así otra vuelta de tuerca a su particular homenaje al folletín que supone *El Club Dumas* (1994).

Ambientada en el reinado de Felipe IV, “un rey bien intencionado e incapaz” y con un veterano de los Tercios de Flandes, el Capitán Alatraste, reconvertido en espadachín a sueldo como aparente protagonista, la serie ficcionaliza diferentes episodios con una base histórica. En el primer volumen (*El Capitán Alatraste*, 1996) Alatraste desbarata los planes del inquisidor fray Emilio Bocanegra y del secretario real Luis de Alquézar, que pretenden asesinar al Príncipe de Gales y al Duque de Buckingham, que realmente viajaron a Madrid con la intención de que el futuro rey inglés casase con la infanta española; dicho proyecto queda en agua de borrajas. En este relato ya encontramos los principales personajes y ambientes que reaparecerán a lo largo de la saga.

En el segundo (*Limpieza de sangre*, 1997) se aborda el problema que supusieron los estatutos de limpieza de sangre en el momento en que el Conde-Duque de Olivares quería, con la intención de atraer a los banqueros portugueses, derogarlos. Asistimos a un auto de fe y a los mecanismos de la Inquisición. El tercero de la serie y último hasta la fecha (*El sol de Breda*, 1998) recrea el sitio de Breda y otros episodios colaterales de la guerra en Flandes. Supone un alejamiento del escenario cortesano y sus intrigas, presentando, literariamente, una mejor factura.

Una primera lectura podría dar la impresión de que la que se nos cuenta es la historia de una figura fabulosa: emparentado por línea materna con el mítico Don



Juan —se llama Diego de Alatríste y Tenorio—, representa la elementalidad de Porthos, la sutileza de Aramis y el noble fracaso de Athos. Es el asesino que hace para otros el trabajo sucio y mientras, para distraer la espera, recita fragmentos de *Fuenteovejuna* de Lope; pero después advertimos que el verdaderamente desconcertante, el héroe en todos los sentidos del relato es Íñigo de Balboa, el adolescente que se inicia en el amor y en la guerra, cuya mirada fija en Alatríste y la reconstrucción de su memoria es la que da a éste todo su enigma. Resulta tentador comparar la relación entre el grumete y el cocinero de la *Hispaniola* con la que une a Alatríste y su protegido, auténtico catalizador de la acción, cuya figura aparentemente frágil se revela a cada paso como la más fuerte del relato, como la más hábil e implacable, pero también evidentemente infantil. Paulatinamente, nuestro trasunto del joven D'Artagnan (ambos siguen el mismo camino, salir de su provincia a buscar fortuna sirviendo a su rey) irá cobrando mayor protagonismo a costa de su mentor, el antihéroe cuya historia será suprimida a toda costa por los poderosos.

De todos los personajes que actúan como comparsa de la pareja (el Tuerto Fadrique; el Dómine Pérez; Martín Saldaña, el cornudo teniente de alguaciles, etcétera) el más importante es, sin duda alguna, Quevedo, “el cojo lúcido, gruñón e inmortal”, que en el primer libro ayuda a Alatríste en varios duelos, en el segundo lo embarca en la peligrosa aventura de los conversos que —todo hay que decirlo— termina felizmente gracias a su intervención, y en el tercero, cuando guerrear en Flandes, se cartea con ellos.

Entre los villanos, Gualterio Malatesta, el Rochefort revertiano, asesino nacido en Palermo, con su excéntrica tizona y su “siniestro” *tirurí-ta-ta*, es, como muy bien sabe Alatríste, su *alter ego*. Richelieu, siguiendo con las referencias intertextuales, se ve escindido en dos personajes: Fray Emilio Bocanegra, el fanático inquisidor, y Luis de Alquézar, de la escuela de su paisano Antonio Pérez, y ambicioso secretario de Felipe IV, el Luis XIII de nuestra serie. Como no podía ser menos, también tenemos una Milady de Winter, Angélica de Alquézar, sobrina del secretario y amante-enemiga de nuestro héroe a lo largo de toda la obra, Íñigo.

Todas las obras de la factoría Pérez-Reverte vienen avaladas por un gran volumen de ventas, haciendo de cada nueva producción un acontecimiento comercial. Pero la fórmula “mezcla de la ficción narrativa en un mundo de referencias intertextuales”, empleada hasta la saciedad, acaba saturando al lector.

En busca de un idioma “con todo el aroma de las palabras antiguas”, mete con calzador cuantos “por vida de”, “voto a Dios” y “pardiez” puede; devoto de la multiadjetivación, también asistimos a la creación de construcciones sintácticas particulares, a su amor por las oraciones completivas y relativas y a la incrustación de personajes de la época, cuyos versos son citados sin ton ni son.

Para algunos, *Las aventuras del Capitán Alatriste*, una “novela de mil y pico páginas dividida en seis entregas” a decir del autor, suponen un digno intento de recuperar el placer por la literatura de aventuras, de volver al folletín literario del siglo XIX, en el espíritu de la literatura de los grandes héroes. Además, insinúan que ha dado a conocer mejor el ocaso del Imperio español, concepto proveniente de la apocalíptica historiografía inglesa, que no sería refutado hasta la década de los 60-70 por los hispanistas Elliot y Kamen. Recordemos que “la vieja y pobre España”, “madrastra más que madre”, “tierra de Caín”, como no se cansa de repetir hasta la saciedad Pérez-Reverte, mantuvo una posición en el continente muy importante hasta 1720, protagonizando casi dos siglos de la historia y la cultura europea; conservó las posesiones americanas hasta 1820 y no sería hasta finales del XIX cuando puede ser calificada como un país de rango internacional menor. Por tanto, es más adecuado hablar de proceso de reajuste que de decadencia.

Lo cierto es que entre todos los títulos, el espadachín revertiano, convertido en un típico producto navideño, ya ha superado el millón de ejemplares en ventas. En parte, gracias al atractivo diseño de Manuel Estrada, las ilustraciones de Carlos Puerta, una sugerente topografía y los pastiches en verso de Alberto Montaner Frutos. A vueltas con los duelos y las intrigas, Pérez-Reverte inventa, inventa nuevas historias, nuevos enredos enmarcados, eso sí, en la misma tela de araña sobre la que todavía habrán de sustentarse tres novelas más, tela que el autor comenzó a tejer hace sólo tres años y que es, indudablemente, una excelente fuente de ingresos.

Para despertar el apetito de sus lectores, Pérez-Reverte adelanta que, en la siguiente entrega, *El oro del rey*, Alatriste descubre quién desvía hacia Holanda las riquezas que llegan de las Indias. Otra de las estrategias de marketing del grupo editorial que publica sus obras es la de facilitar una dirección en Internet para que los incondicionales puedan recrearse en el personaje hasta que lleguen los siguientes volúmenes.

Creemos que las palabras que en su momento Flaubert dijera de Dumas se pueden aplicar perfectamente al escritor cartagenero:

¿De qué nace el prodigioso éxito de las novelas de Dumas? De que para leerlas no es necesaria ninguna iniciación y de que la acción es divertida. Mientras va uno leyéndolas, se distrae; después, cerrado el libro, no queda ninguna impresión, todo pasa como el agua clara y vuelve uno a sus negocios.

FRANCISCO FERNANDO LATORRE ROMERO
Universitat de València

